Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El cuento de la Sra. Tittlemouse



Érase una vez una ratona de bosque que se llamaba Sra. Tittlemouse. Vivía en un banco bajo un seto.

¡Qué casa tan curiosa! Había metros y metros de pasadizos arenosos que conducían a almacenes, cuevas de nueces y cuevas de semillas, todo entre las raíces del seto.



Había una cocina, un salón, una despensa y una despensa.
También estaba el dormitorio de la Sra. Tittlemouse, ¡donde dormía en una camita!

La señora Tittlemouse era una ratoncita de lo más ordenada, siempre barriendo y quitando el polvo de los suaves suelos arenosos. A veces un escarabajo se perdía en los pasadizos.
"¡Shuh! ¡Shuh! ¡Pies sucios!", dijo la señora Tittlemouse, haciendo sonar su recogedor.



Y un día una viejecita corrió arriba y abajo con una capa roja manchada.
"¡Tu casa está en llamas, Madre Mariquita! Vuela a casa con tus hijos".



Otro día, una araña gorda entró para refugiarse de la lluvia.
"Disculpe, ¿no es de la Srta. Muffet?"
"¡Vete, araña mala y atrevida! Dejando puntas de telaraña por toda mi bonita y limpia casa".



Sacó la araña por una ventana.
Se dejó caer por el seto con un trozo de cuerda larga y fina.

La señora se dirigió a un almacén lejano a buscar huesos de cereza y semillas de cardo para la cena.
A lo largo del pasadizo olfateó y miró al suelo.
"Me huele a miel; ¿serán las acelgas que hay fuera, en el seto? Estoy seguro de que puedo ver las marcas de pequeños pies sucios".



De repente, al doblar una esquina, se encontró con Babbitty Bumble:
"¡Zizz, Bizz, Bizzz!", dijo el abejorro.
La Sra. Tittlemouse la miró severamente. Deseó tener una



escoba.
"Buenos días, Babbitty Bumble; me encantaría comprar cera de abejas. Pero, ¿qué haces aquí abajo? ¿Por qué siempre entras por la ventana y dices Zizz, Bizz, Bizzz?". La señora Tittlemouse empezó a enfadarse.



"Zizz, Wizz, Wizzz", contestó Babbitty Bumble con un chillido malhumorado. Se escabulló por un pasadizo y desapareció en un almacén de bellotas.
La Sra. Tittlemouse se había comido las bellotas antes de Navidad; la despensa debía de estar vacía.
Pero estaba lleno de musgo seco y desordenado.



La señora Tittlemouse empezó a arrancar el musgo. Otras tres o cuatro abejas sacaron la cabeza y zumbaron ferozmente.
"No tengo por costumbre alquilar alojamientos; ¡esto es una intrusión!", dijo la señora Tittlemouse. "Haré que los echen..."
"¡Buzz! ¡Buzz! Buzzz!"-"Me pregunto quién me ayudaría".
"¡Bizz, Wizz, Wizzz!"
-"No quiero al Sr. Jackson; nunca se





limpia los pies".



La Sra. Tittlemouse decidió dejar las abejas para después de la cena. Cuando volvió al salón, oyó que alguien tosía con voz grave; ¡y allí estaba sentado el mismísimo señor Jackson!
Estaba sentado sobre una pequeña mecedora, haciendo girar los pulgares y sonriendo, con los pies apoyados en el guardabarros. Vivía en un desagüe bajo el seto, en una zanja húmeda muy sucia.



"¿Cómo está, Sr. Jackson? ¡Querido, te has mojado mucho!"
"¡Gracias, gracias, gracias, Sra. Tittlemouse! Me sentaré un rato a secarme", dijo el señor Jackson.
Se sentó y sonrió, y el agua le goteó por la cola del abrigo. La señora Tittlemouse se acercó con una mopa.



Estuvo sentado tanto tiempo que hubo que preguntarle si quería cenar algo.
Primero le ofreció huesos de cereza. "¡Gracias, gracias, Sra. Tittlemouse! Sin dientes, sin dientes, sin dientes!", dijo el Sr.



Jackson.
Abrió la boca innecesariamente; no tenía ni un diente en la cabeza.



Luego le ofreció semillas de cardo:
"¡Tiddly, widdly, widdly! Pouff, pouff, puff", dijo el señor Jackson. Sopló el cardo por toda la habitación.
"¡Gracias, gracias, gracias, Sra. Tittlemouse! Ahora lo que de verdad- lo que de verdad me gustaría-sería un platito de miel".



"Me temo que no tengo ninguna, señor Jackson", dijo la señora Tittlemouse.
"¡Tiddly, widdly, widdly, señora Tittlemouse!", dijo el sonriente señor Jackson, "puedo olerlo; por eso he venido a llamar".
El señor Jackson se levantó pesadamente de la mesa y empezó a mirar en los armarios.
La señora Tittlemouse le siguió con un paño de cocina para limpiar sus grandes huellas húmedas del suelo del salón.



Cuando se hubo convencido de que no había miel en los armarios, empezó a caminar por el pasillo.



"¡Ciertamente, ciertamente, se mantendrá firme, Sr. Jackson!"
"¡Tiddly, widdly, widdly, Sra. Tittlemouse!"



Primero se metió en la despensa.
"¿Tiddly, widdly, widdly? ¿No hay miel? ¿No hay miel, Sra. Tittlemouse?"
Había tres bichos espeluznantes escondidos en el estante de los platos. Dos de ellos se escaparon, pero al más pequeño lo atrapó.



Luego se metió en la despensa. La señorita Mariposa estaba probando el azúcar; pero salió volando por la ventana.
"Tiddly, widdly, widdly, Sra. Tittlemouse; ¡parece que tiene muchas visitas!".
"¡Y sin ninguna invitación!", dijo la Sra. Thomasina Tittlemouse.



Recorrieron el pasaje arenoso...
"Tiddly widdly-" "¡Buzz! ¡Wizz! Wizz!"
Se encontró con Babbitty al doblar una esquina, la levantó y la volvió a bajar.
"No me gustan los abejorros. Están llenos de cerdas -dijo el señor Jackson, limpiándose la boca con la manga del abrigo-.

"¡Fuera, viejo sapo asqueroso!", chilló Babbitty Bumble.
"¡Me distraeré!", regañó la Sra. Tittlemouse.



Se encerró en la cava de frutos secos mientras el Sr. Jackson sacaba el nido de abejas. No parecía tener inconveniente en picar.
Cuando la señora Tittlemouse se aventuró a salir, todo el mundo se había marchado.
Pero el desorden era espantoso: "¡Nunca había visto semejante desorden: manchas de miel, musgo, cardos y marcas de pies grandes y pequeños sucios por toda mi bonita y limpia casa!".

Recogió el musgo y los restos de cera de abejas.
Luego salió a buscar unas ramitas para cerrar parcialmente la puerta principal.
"¡Lo haré demasiado pequeño para el Sr. Jackson!"



Cogió jabón suave, franela y un cepillo nuevo del almacén. Pero estaba demasiado cansada para hacer nada más. Primero se durmió en la silla y luego se acostó.
"¿Volverá a estar ordenado alguna vez?", dijo la pobre Sra. Tittlemouse.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y comenzó una limpieza de primavera que duró quince días. Barría, fregaba y quitaba el polvo; frotaba los muebles con cera de abejas y sacaba brillo a sus cucharillas de hojalata.



Cuando estuvo todo bien ordenado y limpio, dio una fiesta a otros cinco ratoncitos, sin el señor Jackson. Olió la fiesta y subió por la orilla, pero no pudo colarse por la puerta.

Así que le repartieron bellotas y tazas de melaza por la ventana, y no se ofendió en absoluto.
Se sentó fuera, al sol, y dijo: "¡Tiddly, widdly, widdly! ¡A su salud, Sra. Tittlemouse!"

